

La inocencia de Hinosencio

Los hermanos Loayza

De kenchas, perdularios y otros malvivientes

La Paz: El Cuervo, 2013

Llama mucho la atención, en la primeriza exposición pública de esta novela, la insistencia en su origen colectivo. Este último es considerado como la superación de la angustia que suele acompañar el querer ser su dueño, en una autoría gozosa, la que se reserva de firmar. Pero, en suma, quienes ésta refrendan son dos, y resultan ser hermanos: Álvaro y Diego, filósofo y sociólogo, respectivamente. Además, es de saber que re-escribe o pone al día un antiguo guión que ambos hicieron para un filme juvenil; por ahí, se dice, todavía existe.

Sólitamente, uno encuentra la huella del autor de un relato en su composición. Uno puede decir, incluso, “aquí estuvo” y, puntualmente, “tomó esta decisión de lenguaje”. ¿Dónde?, en el texto concebido, que permanece indistinto de sí, echado sobre la página. Al menos naturalistamente, atribuimos su factura a una interioridad que se vio en apuros y que se desplegó hacia afuera. Se trataría de la elección que hiciera el autor en cuanto a lo contado y en cuanto a su contabilidad, en lo manifiesto de un universo original. Así, asignamos la actividad de contar a una psique fecunda, suficientemente fuerte como para pujar por inscribirse. Situación de inscripción, pues, la del escritor que atraviesa los distintos planos que se interponen entre su ensueño y la deliberada exposición pública, que finalmente suscribe con un nombre propio. Es la pulsión que induce a tomar lo privado con un interés colectivo, en el sentido de ofrecerse a la lectura ajena y enajenante de los otros, para la construcción de un sujeto lector. Quiere valer -como arte que es- para la conquista de un estado nuevo, que sin él no pudiera conseguirse. Pero, ¿cómo puede todo lo anteriormente señalado afirmarse en el caso de un autor múltiple?

Las tomas de decisión aquí no son rastreables. Los “puntos ciegos” fueron observados y resueltos por varias psiques, en un trabajo deliberativo exhaustivo,

por lo que perdemos esa instancia de placer en la lectura que es imaginarse al autor que imagina la obra. Se trata, esta vez, de un imaginario compartido, una mitología que, por ende, ha sido sobretransitada por al menos dos, si no tres personas, las que agotaron sus fuerzas en resolver el hecho narrado. Y, claro, el resultado es efectivamente pulcro, se trata de una escritura con aliento preciosista, sobre todo en cuanto al rescate del habla real de los grupos marginales. Es un relato intrigante, vertiginoso y festivo. Sólo parece una redundancia que el personaje principal, del que debemos inferir su candor y simplicidad naturales, se llame por su cualidad, resultando extraño que los autores no lo hayan enmendado, ¿quizá por ser tan inmediato?

Sobre la base de un emigrante campo-ciudad, un corrillo de personajes atípicos y asistémicos llevan la prolija historia de cómo el primero se ve atrapado por la periferia, no sólo geográfica sino también social y cultural, en el contexto de un mundo que padece -en una época ficticia, aunque contemporánea- prohibiciones estatales bien custodiadas por el poder policial, y su correspondiente subversión, las que le dan una atmósfera mítica y, por supuesto, un velo supersticioso. La virginidad del personaje (un poco liso su retrato) toma el protagonismo en forma de buena estrella, sino o hado, hasta perderla, en forma esperada -en los planos biológico y simbólico- por obra del trato con una mujer de ocasión, aunque éste no sea, en rigor, el desenlace.

Lo crucial es que hay, subyacente, una poética de la amistad (algo misógina) y de iniciación en la vida, que trasunta y atraviesa todo el aliento de la novela, hasta su bella, aunque pasajera escena final, donde los perdedores reafirman su entrega a la pasión que los posee en desmesura y los une entre sí.

Fernando van de Wyngard